

BV4647

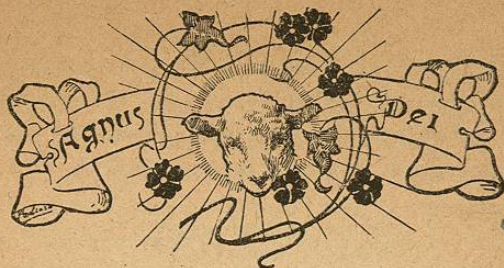
•M4

V5

ES PROPIEDAD



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



I



ISERICORDIA cristiana! Buena falta nos hace. Porque miserias... ¡hay tantas y tan grandes!

No es preciso enumerarlas.

¡Cuántas miserias en la ancianidad! ¡cuántas en la risueña juventud! ¡cuántas en la aurora misma de la niñez! ¡cuántas en los pobres y cuántas, quizá mayores, en los ricos! El curso del hombre á través de la vida es el viaje de un miserable por países poblados de miserables. «La vida del hombre, decía Job, es una batalla»; y la tierra, campo de esa batalla perdurable, está sembrada de los heridos que

904591

continuamente caen en la lucha y exhalan sin cesar ayes y lamentos.

¿Hay en nuestros días más miserables que en las edades pasadas ó menos? No lo sé.

Siempre á nuestro parecer
Cualquiera tiempo pasado
Fué mejor.

Lo que no se puede negar es que hay muchas miserias. Y miserias permanentes y generalizadas aun en medio de las naciones más civilizadas y cultas; por ejemplo, el pauperismo, la ignorancia y la irreligión, que arrastran á una gran masa de la humanidad á una profunda degradación moral, mezcla de escepticismo é indiferencia para el bien, y de locura y embriaguez por el mal.

Demos un paso más, y digamos que estas miserias en nuestra época no sólo son muchas y permanentes y generalizadas, sino que están como sistematizadas y organizadas. ¿Qué es el socialismo, sino un sistema de miserias de alma y de cuerpo, físicas y morales, de patronos y de obreros? ¿Qué es el liberalismo, sino un sistema de tantas esclavitudes para los buenos cuantas son las libertades que sin derecho se arrogan los malos? Y así sucesivamente, ¿qué son el indiferentismo, el parlamentarismo, el

militarismo y, sobre todo, la masonería, sino cadenas de miserias en que están presos innumerables hermanos nuestros?

¡Qué espectáculo tan triste el del mundo! ¡Cuántos salvajes hay todavía en un siglo que se precia de cultísimo; el cual, fuera de lo que con inmenso trabajo hacen los misioneros católicos, no ha llevado á cabo nada por la civilización de los bárbaros! Pero dejemos estas miserias y vengamos á las del mundo civilizado. ¡Cuántos pobres sin remedio! ¡cuántos enfermos! ¡cuántos sanos sin trabajo! ¡cuántos hombres con trabajo de bestias! ¡cuántas mujeres con trabajo de hombres! ¡cuántos niños y niñas de catorce, de diez, de ocho años, trabajando ocho, diez y aun más horas hasta una extinción prematura!

Y no es esto lo peor. ¡Qué indiferencia para con Dios, y la virtud y la otra vida en casi todos: en los pobres por falta de instrucción y en los ricos por sobra de... ciencia! ¡Qué depresión del sentido moral llevada en no pocos hasta jactarse del vicio y de la improbidad!

¡Oh! cuando alguna corriente de electricidad revolucionaria recorre los miembros todos del pueblo, ordinariamente abatido, y con sus sacudidas hace levantarse convulsos y agitarse á los descontentos y miserables de la sociedad, ¡cuántos se alzan de piel! ¡cuántos aparecen! ¡qué cosas

dicen y qué cosas hacen! ¡Cómo se conoce entonces en su traza el muladar de degradación en que ordinariamente yacen y de que entonces se levantan! ¡Qué compasión inspiran!

Y todavía hay otra nota que afea más esta miseria: y es que muchas veces esos miserables, por yo no sé qué desgracia de la suerte, cuando hacen algún esfuerzo para salir de su miseria, se encomiendan no á quien los ha de sacar de sus desgracias, sino á quien sin quitarles las que tienen les ha de añadir otras nuevas. No es raro, por ejemplo, en la revuelta, en el motín, en la huelga, ver al pobre pueblo honrado representado por un criminal; al obrero laborioso capitaneado por el vividor socialista; al ciudadano que desea lo justo, torcido y desviado por el ambicioso político que busca su propio provecho, y al oprimido, al mismo tiempo que ruge contra quien le oprime, apedrear á quien le defiende. ¿No lo estamos viendo? ¿Quiénes son los culpables de la mayor parte de los males que oprimen á los desgraciados? Los anticlericales. Pues á esos apoya muchas veces el pueblo, á esos aclama, á esos alaba, á esos vota; á esos que no dan al pobre más que el pan y vino que se necesita para comprarles su voto el día de elecciones y su brazo el día de revueltas. En cambio, si se hace algún bien por los pobres,

¿quiénes son los autores? Casi exclusivamente los clericales. Pues contra esos van las iras, los insultos, las persecuciones, las piedras populares.

¡Pobre pueblo! No tiene él toda la culpa, ni la principal, sino los que lo engañan, embriagan y embrutecen con todo cálculo y previsión, sabiendo que el mejor instrumento para destruir lo que á ellos les estorba es una plebe iracunda, atropellada y ciega.

Pero, confesémoslo: también tienen culpa los que pueden ejercer la misericordia y no la ejercen, pueden dar y no dan, enseñar y no enseñan, educar y no educan, impedir el mal y no lo impiden.

Los que tenemos corazón cristiano ¿abandonaremos al pueblo á sus miserias? No lo permita Dios. Plegue al Sagrado Corazón de Jesús, mediante nuestras oraciones, despertar en las almas de los católicos la misericordia cristiana.

II

Diréis tal vez: pero ¿qué podré yo hacer siendo tantas las miserias? ¿Quién puede volver dulce al mar? ¿Cómo voy á socorrer yo solo á cien, á mil, á diez mil miserables que conozco,

ó sin conocerlos, estoy viendo cada día? Siempre ha estado igual que hoy el mundo. Dejémoslo seguir así.—Y con estas reflexiones nos acostumbramos á ver insensibles á nuestro paso todos los días la miseria, como la cosa más natural, como vemos llover, como vemos nevar, sin que nadie salga á impedir la lluvia ni la nieve. Y, replegándonos en nuestro egoísmo, nos ceñimos cuando más á una momentánea compasión y á un pasajero terror, al pensar que también nosotros pudiéramos tener aquella desgracia que vemos en otros.

No, no lo hagáis así. Decid más bien: ¡Hay tantos más desgraciados que yo á quienes yo podría hacer algún bien!... pues voy á hacer lo que pueda!

Un día de trabajo que salí de casa me ocurrió la idea de ponerme á contar las miserias que encontrase en mi camino. Saliéronme al paso en la calle media docena de canallejas harapientos y sucios que arrimados á la pared, junto á la puerta de un café, desliaban en una boina una porción de puntas de cigarro, que habían recogido. Luego vi una niña macilenta que vendía periódicos y con sus labios inocentes iba voceando impiedades como *El Imparcial*, el *Heraldo*, *El Liberal*, *El País*... y obscenidades como *La Saeta*, etc. Luego llegué á

un gran edificio que estaban construyendo muchos obreros, los cuales, á media voz y con mirada despreciativa y rabiosa, decían no sé qué de unas señoras burguesas que miraban la obra; y como sin duda era la hora del descanso, parte de ellos estaban en corro alrededor de uno, de traza más insolente, que les leía algo que me pareció ser *El País*. Al ir á tomar el tren llamaba la atención en los andenes una mujer de no mala traza que á gritos increpaba á una señora con tres hijas muy elegantes, porque no le querían pagar treinta y cinco duros que le estaban debiendo hacía meses, sin tener presente que, mientras ellas andaban tan elegantes, la pobre costurera y su marido enfermo y sus dos hijos tenían que vender los muebles para comprarse el pan. Partió el tren, y al pasar por los altos hornos de fundición vimos á sus obreros, negros, fatigados, robustos todavía algunos, gastados ya y secos otros. Unos mineros bajaban blasfemando de las minas. Ya de vuelta y al caer de la tarde, salía de un taller un grupo de obreras, solteras unas y madres otras, la mayor parte macilentas por sus impropias y largas tareas. Cruzaron luego dos jóvenes atados codo con codo ante una pareja de la guardia civil á la cárcel: con ellos tropezaron unos camilleros que llevaban un enfermo al hos-

pital y una hilera de pobres que esperaban limosna á la puerta de un convento. Todavía vimos un ciego cantando con una preciosa niña de pocos años, y en una casa, en que tuvimos que entrar antes de la nuestra, una portera con cinco niños limpios pero mal vestidos, que jugaban á su lado.

Todo esto y más vi yo en pocas horas; y como yo lo debieron ver mil caballeros y señoras que iban y venían por nuestro camino, unos á pie, otros en coches elegantísimos, vestidos todos con la moda más cómoda para la estación, sin sentir la falta de ninguna cosa. Vosotros mismos, como yo en ese día, habéis visto que hay niños desarrapados, madres necesitadas, obreros desgraciados, jóvenes en peligro, hospitales, cárceles, malas lecturas... y no habéis caído en la cuenta de que podéis hacer algún bien; y en la tertulia, en el pasatiempo, en la diversión de la noche ni os volvéis á acordar de lo que habéis visto de día.

Y tal vez tenéis buen corazón y buen entendimiento y buenos deseos; pero no reflexionáis. Reflexionad alguna vez y reflexionad así.

Suponed por un momento que cada uno de vosotros llega un día á ser uno de esos miserables que habéis visto; por ejemplo, el portero ó la portera de vuestra casa, uno de esos obre-

ros fatigados ó una de esas obreras macilentas. Suponed que vuestros hijos ó hijas, hoy tan bien cuidados, tan bien vestidos, con esos zapatitos de seda, esas cintas de raso, esos collares de coral, esas crucecitas de oro y ese cabellito de azabache, tiene algún día necesidad, por ejemplo, de ir vendiendo *El País* y el *Madrid Cómico* para ganar algo para casa.

Y preguntaos después: si yo fuese aquél, si yo fuese aquélla, si mi hijo ó mi hija llegasen á ser como aquellos niños, ¿qué desearía que una persona de mis actuales condiciones hiciese conmigo? Y entonces escuchad á vuestro corazón noble y generoso.

Seguramente la contestación será generosa y noble. ¡Hay que hacer algo! ¡hay que ser misericordiosos!

III

Mas ¿por dónde empezar?—Esta es la primera dificultad. Pero se resuelve pronto.

Empezad por vuestra casa. Sed misericordiosos con vuestras criadas, vuestros criados, lacayos, jardineros, porteros. ¿Os habéis enterado alguna vez de sus miserias, de sus necesidades, desgracias, peligros, ignorancias, erro-

res? ¿Os habéis enterado de las miserias de sus padres ó hijos ó hermanos? ¿Sabéis la vida de vuestros porteros? ¿No habéis notado que hace días sus niños no juegan en el portal interrumpiendo vuestro paso? ¿habéis preguntado si están enfermos? ¿ignoráis tal vez que han muerto? ¿os habéis interesado por su suerte? ¿Por qué no subís alguna vez á su buhardilla á ver *aquello*, de que quizá ni tenéis idea?

Salid de casa y no paséis de corrida por las calles de los miserables, no paséis de largo por la puerta del pobre. Entrad. ¡Qué cosas encontraréis tan distintas de vuestro palacio! Aquí una casa con seis aposentos pequeños en que viven treinta y seis personas, y un pasillo que ocupa una viuda con seis hijos. Allí un entresuelo muy estrecho en que se consume lentamente un padre, que ayer, estando sano, vivía de su trabajo y del de su hija, y hoy, presa de la tisis, se pudre en su nicho sin aire, ni luz, ni... compañía; pues la hija tiene que estar fuera la mayor parte del tiempo, ganando con la costura para sí y para su padre. El día en que éste iba á recibir el viático, rasgó la infeliz uno de sus dos vestidos para cubrir con más decoro la cama de su padre, cuando viniese el Santísimo. En otra parte un joven de veinte años lleva ya varios meses sentado en su cama viendo sin

remedio caer la carne de sus dos piernas que se pudren con una gangrena lenta, pero tan horrible, que ya en la pierna izquierda está completamente descarnado medio palmo de hueso: su padre tiene setenta y dos años, y su madre sesenta y seis: tenían unas ovejitas, las han tenido que vender; y ahora cuida de todos una hermana, esposa de un jornalero, madre con un hijo y dos sobrinos huérfanos que ha recogido. ¡Y á este tenor veréis tantas cosas!

Si tenéis fábricas, talleres, obradores, ó sois amigos de quien los tiene, paraos ahí. No hay taller ni fábrica en que no haya más número de miserias que de ruedas. Luégo tenéis los hospitales, los hospicios, los asilos, las cárceles. ¡Tantos sitios adonde no van sino los aborrecidos religiosos, los aborrecidos curas, y algunos devotos y devotas confesados y dirigidos por esos curas y religiosos tan aborrecidos y criminales! Id, si queréis, á las Conferencias: allí os señalarán en seguida por dónde comenzar.

Y aun sin eso, encomendaos á Dios, y pedidle que os eche al paso aquel miserable con quien él quiera que uséis misericordia; salid á la calle y fijaos, por ejemplo, en el primer chicuelo ó chicuela descalzos y necesitados que encontréis; indagad su genealogía, sus costumbres, su padre, su madre, sus vecinos; y quizá

ese rapazuelo, en que otras veces no os habéis fijado, sea el hilo que os conduzca á un laberinto de miserias y necesidades.

Si dejáis de ejercer la misericordia, no será por no saber por dónde empezar, sino por no querer empezar por ninguna parte, por temor de comprometeros.

IV

Tal vez se os ocurre otra dificultad. No sabéis qué podéis hacer.

Dad lo que os sobra á vosotros y lo que hace falta al miserable.

¿Os sobra dinero? dad dinero. ¿Os sobra comida? dad comida. ¿Os sobran vestidos, zapatos viejos, mantas raídas, sábanas usadas, muebles deteriorados, catres arrinconados, sillas desvencijadas, libros, vasijas, casa?... dadlo. Hasta los juguetes medio rotos y arrinconados de vuestros hijos, podrán servir á algún hijo de los pobres.

Y ¡si supieseis ahorrar! ¿Cuántos vestidos gastáis al año? ¿una docena? ¿y os bastarían seis? Pues apartad el dinero de los otros seis y podréis vestir una docena de pobres cada año. De la misma manera comprad un abanico menos, un sombrero menos, algunas cintas menos, al-

gunas cadenillas ó broches ó caprichos menos. Creedme, gozaréis más si con ese dinero dais á una familia con qué pasar el invierno, ó salir de deudas, ó enseñar á su hijo un oficio.

Sé de una señorita joven á quien su familia mandaba todos los años á veranear en una de las playas del Norte, con bastante dinero, encargándola que se tratase bien, conforme á su posición que era harto buena. Sabía esta joven de una pobre viuda que tenía un niño muy raquíptico á quien los médicos aconsejaban los baños de mar: pero esto es demasiado lujo para una pobre viuda. Y pensó la joven: «Con lo que mis padres me dan tengo de sobra para todo el verano. Con un poco de sacrificio por mi parte, privándome de algunos caprichos, renunciando á algunas diversiones, rebajando un poco la calidad del trato, y volviendo unos días antes, con lo que tengo para mí sola podremos vivir tres en todo ese tiempo». Y se acordó del hijo de la viuda. Con ella eran tres: la cuenta salía justa. Y sin decir nada en su casa, se los llevó á los baños: y tan gustosa quedó de su buena obra, que la repitió, creo que por tres años, hasta que el niño recobró las fuerzas y la viuda tuvo quien la ayudara en su ancianidad.

¿Cuántos y cuántas pudieran hacer actos parecidos! ¿No es mejor eso que gastar, como leí

el otro día que gastó un caballero, 9.000 pesetas en comprar un perro? Si aquel infeliz hubiera dado á cada pobre 90 pesetas, hubiera hecho felices á cien hermanos suyos, con el cortísimo sacrificio de... no tener un perro! ¿Y qué sacrificio es este y qué juicio merece el rico que no le hace, comparado con aquel cerrajero de Barcelona, que teniendo familia recogió en su casa á un tísico desamparado; y aquel peón de albañil, que teniendo ya seis hijos acogió en su casa á otros seis; y aquella pobre mujer, que por tres veces ha recogido y educado dos huérfanos hasta que se colocaron y pudieron ganar la vida? (1).

V

Pero bien: ¿no podéis ó no queréis dar dinero? No desmayéis. Si sabéis el catecismo, decid las obras de misericordia. Las espirituales: enseñar al que no sabe, dar buen consejo al que lo ha menester, corregir al que yerra, perdonar las injurias, consolar al triste, sufrir con paciencia las molestias del prójimo y rogar á Dios

(1) Léanse estos datos y otros bien edificantes en el hermoso libro *La caridad en Barcelona*, por Ramón Albó y Martí.

por los vivos y los muertos. Las corporales: visitar enfermos, dar de comer al hambriento y de beber al sediento, redimir al cautivo, vestir al desnudo, dar posada al peregrino y enterrar los muertos.— He aquí un programa bien completo de misericordia. Id examinando estas obras una por una y ved cuáles son las más acomodadas á vuestras circunstancias y practicadlas.

¿No conocéis algún niño ó niña á quien nadie enseña el catecismo, ni á rezar, ni á confesar, ni á ir á misa? ¿No tenéis ó no sabéis de alguna criada ó joven incauta á quien dar un buen consejo y apartar de un peligro, en vez de murmurar de sus actos? ¿No conocéis á alguno entristecido por los reveses de la fortuna, ó por su propio carácter pusilánime y mustio, que no tiene quien enjugue su llanto, quien le diga compasivo: «no llores más?»

No hay nadie que no pueda hacer algo; y, creedme, lo menos que se puede hacer por los desgraciados es dar dinero. Hay otras cosas mil veces más importantes: dar consejo, dar enseñanza, dar corrección, dar oficio y hacer que lo aprendan..., y, sobre todo, persuadirles que son bienaventurados los pobres de espíritu, y los que lloran, y los mansos y humildes, y los pacíficos.

Y si no podéis más, ciertamente todos podéis dar dos cosas: oraciones y tiempo.

Podéis orar por los necesitados. Cuando vayáis á comer, acordaos que hay muchos que no tienen que comer como vosotros, y al bendecir la mesa orad por ellos. Cuando vayáis á dormir, orad por los que no tienen cama; al vestiros, por los desnudos; al ir de paseo, por los presos; al recibir un beso ó un cariño de vuestra madre, por los huérfanos; y así, en todas las ocasiones de vuestra vida feliz, cómoda y desahogada, acordaos de los miserables y rogad á Dios que mire él por ellos, ya que vosotros no podéis dar remedio á todos. En fin, podéis orar para que Dios suscite en todos los corazones de los católicos la misericordia cristiana que reclaman tantas miserias.

Lo segundo, podéis dar á los infelices tiempo.

¡Cómo se pierde el tiempo en el mundo! Ricos y desocupados del siglo que vivís del tanto por ciento que os da vuestro capital abundante; señoras y señoritas que vivís del sueldo que os gana vuestro marido ó vuestro padre. ¡Cuánto tiempo perdéis! Vivís sin saber qué hacer: os levantáis á las diez, almorzáis á las once, habláis y paseáis hasta la hora de comer; coméis, volvéis luego á hablar, á pasear; leéis cuando más una novela, cenáis, vais al teatro y os acos-

táis. Al otro día hacéis poco más ó menos lo mismo. El mayor negocio de vuestra vida es elegiros y probaros los vestidos, y preparar vuestra acostumbrada excursión á alguna playa en verano ó á algún abrigadero en invierno; y consumís el jugo de vuestra existencia al arrimo de una chimenea ó al abrigo de un salón en invierno, y en las mecedoras del jardín ó en las avenidas de la alameda en verano. Pero ¿qué vais á responder á la pregunta que Jesucristo os está haciendo como á los operarios: *Quid hic statis tota die otiosi?* «¿Qué hacen éstos ahí sin trabajar toda la vida?»

El tiempo es una riqueza. ¿Vosotros no la necesitáis? pues dádsela á los pobres. Consagrad ese tiempo á buscarlos, á oírlos, á consolarlos. Aunque no hagáis otra cosa que darles á entender que los atendéis, que respetáis su miseria, que les tenéis misericordia. Contadles alguna historia, escuchadles las suyas por muy prolijas y cansadas que os parezcan; que esta es una de las cosas que más consuelan á un miserable, contar sus desgracias á quien las oiga con interés; distraedlos un rato de su enfermedad, leedles algún librito ameno, rezad con ellos. ¡Tantas cosas se pueden hacer con tiempo!

¿Creéis que todo consiste en dar dinero? Dad-

lo, sí, enhorabuena. Pero es más útil enseñar al pobre á ser feliz con poco dinero, y á ganar ese poco dinero que necesita, y á aprovechar bien ese poco sueldo que gana: es mucho mejor enseñarle á ser honrado, á llevar la cruz, á educar los hijos, á tener paz en la familia y á vivir para la vida venidera.

Los 1.500 obreros de la fábrica de hilados de Val-des-Bois, cerca de Reims, nunca llaman al Sr. León Harmel su *amo* sino su *buen padre*. ¿Qué hace este buen padre por sus buenos hijos los obreros para merecer este nombre? Muchas obras de misericordia por cierto; pero una de ellas, y fundamento de todas, es dedicar á ellos todo el tiempo de su vida. Infatigable para el trabajo, que se ha impuesto por su voluntad, mientras recorre por todas partes la Francia, para ahorrar tiempo escribe sus cartas durante el viaje en el tren mismo. Emplea en sus incessantes correrías por negocios de los obreros once meses al año, y sólo reserva para su descanso un mes, que vive quieto en su fábrica, trabajando, aun en esas vacaciones, en muchísimos asuntos.

He aquí un excelente limosnero de tiempo.

VI

Supongamos todavía que no sabéis ejercitar la misericordia por vosotros mismos ó queréis ejercitarla con más generosidad, solidez y discreción. Tenéis la ocasión muy á mano. Favoreced á las corporaciones que se dedican á obras de misericordia, principalmente al clero y á las Órdenes religiosas.

La Iglesia católica, única depositaria de la caridad verdadera, no se contenta para ejercitarla con la acción individual de los fieles; tiene también sus grandes cuerpos de ejércitos permanentes y armadas pacíficas de misericordia. Tales son el clero y las religiones. Distinguid bien la beneficencia mecánica y oficial, de la beneficencia de misericordia; las buenas obras oficiales hechas por razones humanitarias, poco más ó menos, como si dijéramos, por policía y por higiene públicas, de las obras buenas hechas por caridad, al imperio del corazón virtuoso, por Dios; y veréis que, salvo raras excepciones, se puede afirmar categóricamente que todas las obras de misericordia, tanto temporales como sobre todo espirituales, están en manos de sacerdotes y religiosos, que las ejer-

citan por sí ó por los que se dirigen y aconsejan con ellos.

Vedlo: de las casas que ejercitan las obras de misericordia con verdadera caridad unas son exclusivamente de religiosos; otras son pertenecientes al Estado, pero están encomendadas á religiosos ó religiosas; otras toda la vida que tienen la reciben de los sacerdotes y religiosos, como los círculos, las conferencias, las doctrinas. Fuera de esto ¿quién visita á los pobres enfermos y moribundos, las escuelas, las cárceles, los presidios?

¿Quiénes dan, relativamente á lo que tienen, más limosnas? El clero y los religiosos. Podiéramos señalar muchos conventos donde dan de comer á tantos pobres cuantos son los habitantes del convento. Y algunos que gastan más en dar de comer á los pobres, que habitualmente llegan á ciento, que en sostener á los religiosos, que no llegan á setenta.

En fin, bien puede asegurarse que la mayor, la máxima parte de beneficios que hacen á los que sufren los caballeros y señoras católicas, los hacen gracias á la influencia que ejerce en sus corazones la dirección que los sacerdotes y religiosos dan á las almas desde esos púlpitos y confesonarios tan aborrecibles á los anticlericales.

Si queréis, pues, ejercitar la misericordia, si tenéis valor, alistaos en esos ejércitos; entrad en alguna religión. Si no tenéis ánimo para tanto, favoreced y apoyad cuanto podáis á las Órdenes religiosas.

Hoy, como todo el mundo sabe, se hace ya en parte y en parte se está preparando una guerra injustísima, contra los religiosos primero y contra el clero secular después, que tiende, no precisamente á expulsarlos por ahora, porque á esto no se atreverá todavía ningún gobierno que no sea tiránico y revolucionario, sino á irlos coartando y poniéndoles trabas, de manera que pierdan toda acción é influencia en la sociedad y, según dicen que dijo un político muy conocido, perezcan dentro de España, como *detritus* que son de la sociedad.

Con esta idea y á la voz de «el clericalismo es el enemigo», que por ahora la interpretan hipócritamente sólo de las religiones, como si dicesen: «Las Órdenes religiosas son el enemigo»; los que aún tienen bastante para creerse seguros de que ni ellos, ni su familia necesitarán algún día de una morada en las Hermanitas de los Pobres, ó de la asistencia de una Hermana de la Caridad en algún asilo, ó de un religioso en el lecho de agonía ó en la hora del remordimiento (¡no los castigue Dios!), sin considerar

que hay tantos que sufren y necesitan lo que ellos no necesitan, se han puesto con falsas calumnias á engañar á la nación, se empeñan en arrastrarla á una destrucción criminal, y quieren, metiendo mucho ruido, aunque son los menos parecer los más, y con el hipócrita grito de «¡abajo la reacción!» que han conocido que infunde miedo y enciende la discordia, imponer á un gobierno débil, si lo encuentran, una solución que ni el pueblo español quiere, ni puede querer, ni aunque lo quisiese y lo pidiese á gritos, se le puede en manera alguna conceder.

El pueblo no quiere. Porque no es el pueblo media docena de alborotadores pagados, muchos de ellos pícaros de callejuela y vagos de oficio, ni el coro de periódicos que aboga por los intereses de sus respectivos amos é inspiradores.

El pueblo no lo puede querer. ¿Cómo es posible que el pueblo, y sobre todo el pueblo pobre y necesitado, quiera que se arroje de España á los padres, consoladores, bienhechores y consejeros del pobre, que tanto bien les proporcionan á ellos ó á sus padres ó parientes sin causarles daño ninguno? Id á los refugios, á los huerfanatos y á los asilos, á los círculos de obreros, á las visitas de las Conferencias, á los pobres de las puertas de los conventos, y pre-

guntadles á ver si quieren que se extingan los religiosos. Así como no hay ningún opresor de los pobres que no aborrezca á los religiosos, así los pobres son sus mayores amigos.

Además, aunque el pueblo lo quisiese, no se le debe conceder. Dado caso que los miserables pidiesen algo contra las Órdenes religiosas, sería crueldad y crimen en las clases directoras, en los cuerpos legisladores y en el gobierno acceder á su petición. Porque el pueblo, sólo engañado y cegado en un acceso de violencia, puede pedir que se le prive de sus más misericordiosos bienhechores. Y conceder al pueblo semejante barbaridad, que aumentaría muchísimo sus miserias, sería convertirse en homicidas los que deben ser tutores.

¿Qué deben, pues, hacer los que tengan caridad y misericordia? Defender con todas sus fuerzas á las Órdenes religiosas.

Porque ¿qué se puede decir contra ellas? Nada. Fuera de los muchos insultos y calumnias que los que, como librepensadores, no respetan la ley de Dios han lanzado contra los religiosos, lo único que se ha dicho con alguna apariencia de formalidad contra ellos, es que su existencia es ilegal y que únicamente por culpable tolerancia del Gobierno existen en España, y que deben ser expulsados ó extinguidos.

Ciertamente, aun en el caso de que su existencia fuese ilegal, la debería hacer legal cualquier gobierno que tuviese un poco de talento político y un poco de patriotismo y lealtad para querer el bien de los españoles, y no permitir que á las innumerables calamidades que nos rodean, se añadiese la ruina de tantos bienhechores de la sociedad española en su parte más necesitada. Y si no hubiera, como las hay, leyes que aprobasen la existencia de los institutos religiosos, debería en favor de los necesitados hacer una en que se concediese libertad amplia y favor singular á esos ejércitos bienhechores de los que sufren, que merecen, creo yo, más privilegios que cualesquiera sociedades agrícolas, industriales ó mercantiles, y que no pueden ser sustituidos de ninguna manera por el Gobierno, sobre todo, siendo tan espantoso el *déficit* de nuestra hacienda.

Pero es idea falsísima, y que sólo por breves momentos de confusión ha podido sostenerse, la idea de la ilegalidad de las Órdenes religiosas. Este punto está ya vencido sin controversia ninguna. Aun prescindiendo de otros muchos escritos, y del voto y discursos pronunciados en el Congreso y en el Senado por sabios oradores, basta leer el opúsculo titulado *Existencia legal de las corporaciones religiosas en España*,

por P. V. (1), para convencerse de ello. Pero donde sobre todo aparece evidente el derecho de los religiosos es en la erudita y sólida monografía que sobre este punto ha escrito el Dr. D. Joaquín Buitrago y Hernández titulada *Las Órdenes Religiosas y los Religiosos* (2), estudio jurídico de lo más completo en esta materia. En el terreno de la razón no queda duda; sólo puede durar la lucha en el de la pasión, y únicamente puede lograrse la victoria en el de la traición y la injusticia.

No sabemos lo que está reservado á esta pobre nación empedernida, que cada día parece más obstinada en someterse á los que la disuelven y corrompen. No sabemos si escalará el poder alguna vez un gobierno que tenga la impía temeridad de hacer todo el mal que pérfidamente pretende la masonería; pero si la prudencia y la justicia no son excluidas del Congreso y del Senado y de los Consejos; si no prevalece la bestia masónica sobre los gobernantes; si el ser republicano, ó fusionista, ó conservador, ó de cualquier partido que se quiera, no impide mirar con serenidad y querer seriamente el bien

(1) Madrid, imprenta de San Francisco de Sales, Pasaje de la Alhambra, 1.

(2) Madrid, librería de Fe, Carrera de San Jerónimo, 2.

de los que sufren, es imposible prohibir las Órdenes religiosas.

Y si se prohíben, es imposible que España lo consienta. Y si lo consiente, toda ella se hace responsable ante Dios, no sólo de irreligión y ateísmo, sino de falta de misericordia, y acreedora de aquella pena terrible con que amenaza el apóstol Santiago en su carta: *Judicium sine misericordia illi qui non fecit misericordiam*. «Juicio sin misericordia á quien no tuvo misericordia» (II, 13).

No quiera el Sagrado Corazón de Jesús lanzarnos esta nueva maldición, que hartas tenemos: antes por nuestras oraciones conceda al mundo, y sobre todo á nosotros, tanta misericordia con los que sufren, que merezcamos ser partícipes de aquella bienaventuranza:

«Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia».